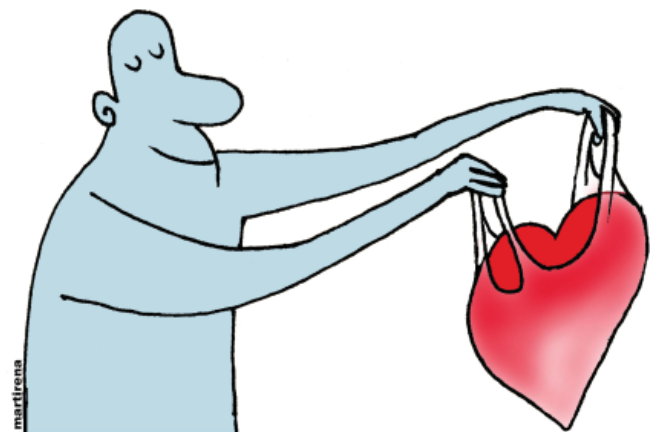




Breve tesis sobre la gratitud



■ Por Liena María Nieves Portal



DICEN que los cubanos podemos ser agradecidos como nadie, pues, en nombre de la gratitud, no andamos tasando cuánto se entrega ni de qué modo se recibe; no importa qué techo te cubre la cabeza ni la dualidad de la billetera: basta con honrar a quien te ayuda.

Básicamente así funcionamos, aunque los tantos años de maltratos apilados y quejas mudas —el escepticismo inmoviliza la capacidad de protestar— han readaptado nuestras interpretaciones sobre el bien y el mal a un nivel que, para vergüenza de muchos, nos coloca en el estrecho linde entre la civilidad y el más soso conformismo.

Hoy, en este minuto y en cualquier espacio del archipiélago, alucinamos como críos si se nos entrega una bolsa de nailon en que guardar la compra, porque nos acostumbramos a llevar la jabita propia o nos las arreglamos para sobrevivir con un niño en brazos, tres tubos helados de picadillo y una frazada de piso.

No, no somos extraordinarios. Lo único increíble de esta situación es la incapacidad de la mayor parte de los servicios nacionales para, sencillamente, cumplir bien con el rol que les toca.

Antes, al menos, se mantenía la ilusión de que en el área CUC existía alguien dispuesto a priorizar tus necesidades —no sé por qué ni en qué momento se categorizó la atención según el tipo de pago—, mas, para desilusión de miles, el cuartico también se alquila y si no faltan servilletas, escasean los buenos ánimos, recibes respuestas de hombros encogidos y debes estar bien atento para evitar el timo por alguna «pifia» en la cuenta.

Como en la viña del Señor, en Cuba encontramos de todo: recepcionistas que aconsejan sobre traumas maritales —vía telefónica y sin pizca de discreción—, así aguardemos de pie durante media hora; agentes de seguridad que a la puerta de un hospital te frenan en seco y despedazan de un tajo toda esperanza en el mejoramiento humano, porque si te atreves a preguntar por el alergista recibirás una mordida de sarcasmo: «Yo ni soy el 113 ni les pongo GPS a los doctores»; o funcionarios públicos que ya rompen récords Guinness por subsanar el mismo documento y devolverlo por decimoquinta ocasión con los mismos errores.

¿Acaso iniciamos casi siempre nuestros días con el pie izquierdo? ¿La mala racha tendrá fin? Sobran las escenas y las experiencias, así que no resulta incomprensible esa suerte de admiración e idolatría que nos provoca el ser tratado con dignidad. O sea, la amabilidad se clasifica, por orden de excepcionalidad, entre el paso del cometa Halley y un huracán en el Sahara. De modo que no es extraño encontrar en los periódicos cubanos notas de sentido agradecimiento, como la publicada en la sección *A la Vista*, de este semanario, hace varias semanas.

No, no es el caso de una familia que aún ve como un milagro la recuperación del hijo, y decide expresar públicamente su reconocimiento al equipo de médicos que les devolvió la alegría. Tampoco hablamos de esos casos esporádicos en que alguien devuelve el monedero, con su contenido íntegro, a una pobre jubilada.

Se trata de una clienta que aplaude el trabajo de la TRD Novedades, en Santa Clara, por mantener el mérito de entregar una, ¡y hasta dos bolsas de nailon!, a cada comprador de la unidad.

¿Aleluya? Bueno, casi lo merece, aunque si las «sorpresas» se mantienen a este ritmo, llegarán los días en que ascendamos a héroe al panadero que respete el gramaje, o se dediquen vallas y elegias a la brigada de constructores que entrega una obra en tiempo.

Lo inaceptable no se puede convertir en rutina por el simple hecho de que precisamos del prójimo, así nos gruñan o acaricien. El pueblo es usuario y cliente: ni mártir ni prescindible. Este es nuestro vino, pero no tiene por qué ser, precisamente, agrio.

Con las antenas de Juvenal

■ Por Leslie Díaz Monserrat



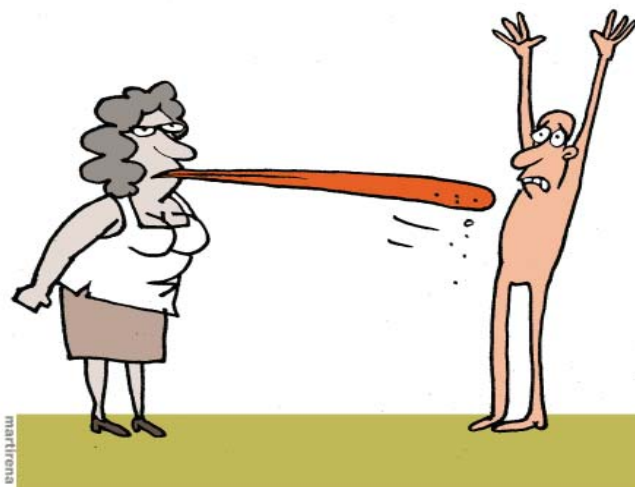
Si la industria del chisme tributara al PIB, la economía cubana estuviera en constante crecimiento. La maquinaria del «invento» no cree ni en días feriados y ostenta un nivel de productividad envidiable.

Y aunque lo intentó, la novela cubana *Cuando el amor no alcanza* no logró captar el fenómeno en todo su esplendor, pues los chismosos del edificio del culebrón no superan las magnitudes de la realidad.

«Siempre hay un ojo que te ve», asegura el refrán. Y cierto, sobran ojos que se posan detrás de las ventanas para ver quién entra o sale, o qué lleva manganito en la jaba.

Los trabajadores de ese gremio tienen mejores antenas que las de Juvenal y se levantan a cada minuto para inspeccionar el terreno. A veces, laboran hasta por la madrugada, sobre todo si ocurre un percance de relevancia.

Para lograr el efecto que buscan multiplican la dimensión de los sucesos por diez.



Así surgen las bolas y estas crecen de boca en boca hasta convertirse en monstruos indestructibles. Pintan de infidelidad conyugal la más ingenua de las conversaciones, y sobran ejemplos de matrimonios que quedaron trancos tras un chismoteo.

Cuando el ambiente parece tranquilo, sin mucha alteración, llega entonces la hora de inventar, de poner a volar la imaginación y sumar al debate al resto de las personas.

Ingenian, distorsionan, hiperbolizan, y cuando no saben, preguntan, porque al

final tienen que cumplir con el «encargo social» de mantener informados a todos.

También están los que crean algún chisme con el objetivo de dañar la imagen de alguien que les molesta y, de paso, sacarle algún provecho al asunto.

Deben ser muy pocas las personas que escapan de los estragos del chisme. Pero como diría el escritor irlandés Oscar Wilde: «Hay solamente una cosa en el mundo peor que hablen de ti, y es que no hablen de ti».

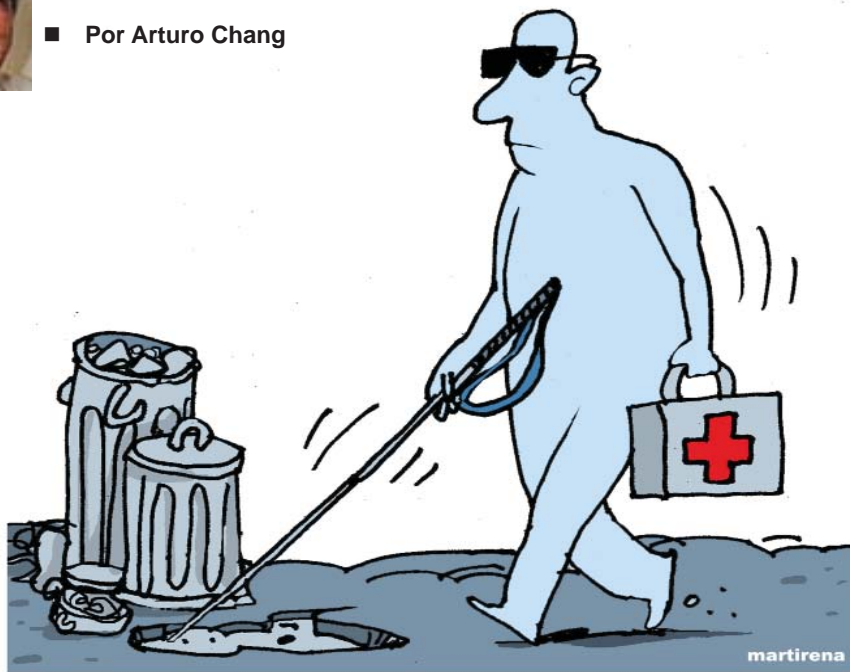
Detrás del chisme se esconden las más bajas pasiones o la soledad y la tristeza por no tener nada en lo que ocupar al tiempo. Los chismosos dejan de encargarse de sus propios asuntos para inmiscuirse en los de otros, y los criticados tienen el privilegio de contar con dos vidas: la real y la que les inventan.

Así que ¡a vivir se ha dicho!, sin tener en cuenta los criterios malsanos, porque la vida es una sola, y mientras mejor la vivas, más te criticarán.

Barreras arquitectónicas y mentales



■ Por Arturo Chang



ESTAS líneas se refieren a una pequeña obra constructiva en un lugar ubicado detrás del estadio Sandino, a un lado de la pista de patinaje, concretamente en una acera que comunica con un tramo de la Doble Vía, frente a los edificios del reparto Bengochea.

El escenario lo referenciamos como uno de los tantos ejemplos existentes en Santa Clara —y en muchos otros lugares del país—, donde algo que pudo ser motivo de elogio se convierte en disgusto.

Alegra apreciar que los

arquitectos tengan en cuenta en sus proyectos las limitaciones físico-motoras que le impiden o dificultan a ese tipo de personas la marcha o el acceso a las edificaciones sin que resulten víctimas de lesiones o contratiempos. Y que, por supuesto, cumplan de manera invariable los ejecutores de la obra.

Sin embargo —en el caso de la zona aludida—, la satisfacción da paso rápido a reacciones de rechazo al observar un declive tan pronunciado en un sitio tan agradable, que incluye columpios.

Tan marcado es el desnivel, que resulta difícil bajarlo o subirlo en bicicleta o en moto. ¿Cómo pensar entonces que podría hacerlo alguien en un sillón de ruedas?

Hubo buenas intenciones, pero el resultado —por hache o por be— ha sido un desastre. En fin, una de esas chapucerías que abundan por todas partes.

Ante tal desaguisado, revivimos recuerdos de los años 80 del siglo pasado, cuando un miembro de la Dirección nacional de la Asociación Cubana de Limitados Físico-Motores (Aclifim) recorrió el país.

En cada provincia miraba fijamente a los participantes en el encuentro, y antes de exhortarlos a eliminar las barreras arquitectónicas, les decía: «Yo era así como ustedes, pero al salir de una reunión, el auto en que viajaba tuvo un accidente, y he quedado así como me ven, en un sillón de ruedas para toda la vida».

El mensaje nos lleva a pensar no solo en quienes por causas dramáticas perdieron las facultades motoras, sino en qué sucederá en tiempos no muy lejanos, cuando un gran porcentaje de la población transite por la tercera edad, o la cuarta.

Junto al paso inexorable del calendario, la presbicia reduce la visión, y el órgano auditivo disminuye; también, la masa corporal y las energías. De modo que no queda otro remedio que eliminar de una vez las chapucerías que pueden provocar accidentes y, también, las violaciones que en el orden constructivo ocasionan verdaderas barricadas para impedidos y ancianos.

Las conocidas barreras arquitectónicas hacen mucho daño. Todos tenemos el deber y la obligación de evitarlas. Pero como bien se dice por ahí, primero se requiere eliminar las mentales.